

## ***Luna nueva, 3:41***

*La biblioteca estaba completamente vacía.*

He vuelto a encerrarme. Otra noche más. Frente a mí, el papel. En blanco. En la mesa de siempre: la del tablero de ajedrez de mármol y el peón gris olvidado en la esquina. Sobre ella, una pila de libros. Mis favoritos. Entre ellos, todos los de Harry Potter, algunos de Julio Verne, las *Rimas* de Bécquer y *Alicia en el país de las maravillas*.

*Su mirada atravesaba los cristales rotos de sus gafas hasta chocar contra un punto fijo de la pared. La sala era antigua y amplia, una biblioteca común de pueblo poco frecuentada. Una pequeña lámpara emitía luz sobre su cabeza; fuera era toda oscuridad en una noche en la que la Luna apenas se apreciaba.*

*Él era un joven pobre, apasionado por la lectura, que pasaba tardes y tardes en aquella biblioteca porque no podía permitirse comprar libros. Durante las últimas madrugadas se había encerrado allí, en busca de inspiración para un relato que quería presentar a un certamen de la comarca. El dinero del premio podría desahogar la dura situación de su familia. Pero aquella era la última noche, y no tenía nada. La frustración y la desidia habían minado sus esperanzas.*

Me muevo. No sé cuántas veces habré cambiado de postura. O la silla es incómoda, o yo soy incómodo para ella. Pasan cien, no, mil, mil ideas por mi cabeza. Pero nada, ningún párrafo parece lo bastante bueno; líneas y líneas tachadas, folios arrugados amontonados en el suelo y una papelerera a rebosar de hojas sucias. ¿Tan difícil es escribir? Miro el reloj por enésima vez en lo que va de noche, las 3:40.

Grabados en los libros, los nombres de estos autores se me hacen gigantescos. ¿De dónde sacarían ellos la inspiración? ¿Se sentirían alguna vez como yo? ¿Arrancarían hojas y hojas y gritarían de rabia al techo, a las paredes, a sí mismos? Siempre creí que esto era más fácil, no sé, como pensar. Pero qué complicado es escribir. Incluso los pensamientos.

*Las miradas perdidas se sucedían entre tachón y resoplido. Afuera, la lluvia de una lejana tormenta había empezado a tocar una música relajante que adormecía al muchacho, que acabó por tumbarse boca arriba sobre la alfombra, con los brazos extendidos y los ojos clavados en la lámpara del techo. Los cerró tan solo un instante...*

Abro los ojos. No hay luz ni techo. Una enorme Luna en cuarto creciente dibuja el cielo. La alfombra es ahora césped húmedo. El viento sopla. Me incorporo y trato de



Sus ojos se iluminan y sonrío vagamente. La llevo hacia el resto de tumbas, una extraña intuición me guía; Hermione Granger, Ron Weasley, Thomas Ryddle, Albus Dumbledore... Son todos ellos, todos los personajes que faltaban están aquí.

*Rowling abrió la libreta y empezó a rellenar los huecos, poniéndole nombre a cada uno de los protagonistas. Apenas tardó unos minutos. Al acabar, miró al cielo y cerró los ojos. Él mantuvo su vista fija en el papel, pero apenas pudo ver el título completo un segundo cuando toda la tinta desapareció en un instante. Al separar la mirada de la libreta estaba en un lugar completamente distinto.*

*Era una habitación antigua, con grandes cortinas en las paredes y una cama ancha en el centro. Varias lámparas iluminaban un amplio escritorio lleno de textos, planos de máquinas y extraños objetos. En la cama, una silueta dormía.*

Me acerco sigilosamente al borde, temeroso. *Un hombre con barba y despeinado descansaba soñador sobre la almohada. No tardó un instante en darse cuenta de que era la viva imagen de Julio Verne.*

*De repente, una proyección borrosa aparece sobre una de las paredes. En ella se suceden imágenes inconexas. Océanos, volcanes, islas... Parecen ser los sueños de Verne en ese mismo instante. Tras un rato, las imágenes se empezaron a difuminar y a repetir frenéticamente. Trata de alcanzar la Luna desde un globo que surca los cielos. No lo consigue. Los ambientes se tornaron oscuros y chirriantes y la impotencia de no llegar al astro hizo que Verne empezase a revolverse en la cama, en medio de su pesadilla.*

Busco entre los papeles: decenas de planos desordenados, apuntes e ideas inconexas y bocetos de *De la Tierra a la Luna*. Regresa a mi mente el mismo destello del cementerio. Me acerco a la cama. Susurro, esperando que me escuche, la historia del Apolo 11. *Habló, como si él mismo hubiese viajado, de las vistas del planeta desde allí arriba, del primer paso de Neil Armstrong, de lo pequeño que fue para el hombre y lo tan inmensamente grande que fue para la humanidad, de la paz del espacio y del silencio absoluto. Del éter, de las lejanas galaxias y de la armoniosa música del cosmos.*

*Mientras hablaba, nuevas imágenes aparecían sobre la pared. El reloj de la mesilla marca las 3:40. Poco a poco, las pesadillas de Verne se transformaron en amenos sueños con tan solo las palabras que, sin saberlo, habían llegado a su mente.*

Abro las cortinas que dan al balcón. La brisa acaricia mi piel. Inspiro hondo y observo el firmamento. Hay Luna llena esta noche. Cierro los ojos y una rara sensación me invade el cuerpo.

*Apareció en el ángulo oscuro de un salón sin espejos. Esta vez no había nadie.*

¿Dónde estoy? En las paredes: decenas de ojos que me observan, pupilas verdes y azules en cada rincón. En mí: un sentimiento desolador que me inunda el alma. Miro mi mano sostener una pluma, pero ésta no es mi mano ni es mi pluma. Soy yo, en otro cuerpo.

Sobre las rodillas tengo un libro, busco el título en la primera hoja: *Rimas*. Leo los poemas de su interior, encabezados con números romanos; IV, XI, XLIII... Recuerdo todas y cada una de ellas. Como si las hubiese escrito yo.

Encuentro en el suelo una página arrancada. En ella, otro número que antes no estaba ahí: el LXVI. *La cogió y observó que no había ningún poema escrito en ella. De repente, un temor irracional y un profundo dolor lo invadieron. Angustiado, salió corriendo de la casa con el libro y la hoja en blanco.*

Cierro la puerta y encuentro frente a mí un largo camino. Vuelvo la vista atrás: más camino; la casa ha desaparecido. Mis pies andan. Sin dueño. Hacia delante.

Miro a mis espaldas, ¿a dónde voy? Veo el más horrible de los senderos, lleno de huellas de sangre y zarzas agudas. Y al principio mi cuna.

Miro hacia delante, ¿de dónde vengo? Veo el más triste de los páramos, lleno de eternas nieblas y melancólicas brumas. Y al final mi tumba.

*Estuvo caminando una eternidad en la noche con la única luz de la Luna en cuarto menguante acompañándole. Su reloj de bolsillo siempre marcaba la misma hora. 3:40. De pronto, encontró una piedra solitaria en medio de la senda. Se sentó en ella, agotado, y se dio cuenta de que la hoja de papel ya no estaba en su mano. Pensando que la había perdido, desanduvo el camino otra eterna eternidad.*

Camino, camino, camino. Las pupilas azules me persiguen. El dolor se agudiza. La felicidad se hace diminuta y el amor desmesurado. Ella —¿quién?— va por un camino, yo por otro. Y al final llego a la misma piedra. Donde habita el olvido.

A punto de desfallecer, abro el libro y leo, por última vez, todos los poemas. *Al llegar a la página arrancada, la encontró en su sitio. Ya no estaba vacía.*

Abro los ojos y la luz tenue de la lámpara se me hace familiar. Siento el tacto de la alfombra y escucho la tormenta. Estanterías, mesas de madera pulida, grandes ventanas. El tablero, el peón gris, mis libros. Me levanto.

*La biblioteca estaba completamente llena.*

Veo cómo Shakespeare escribe mientras gesticula alguna de sus escenas, quizás una de Romeo o Hamlet; cómo Cervantes imagina a un personaje que imagina a su vez que unos molinos son unos gigantes; cómo Borges dibuja unas escaleras infinitas que ascienden y descienden al mismo tiempo hasta el mismo sitio; cómo Dickens lee un periódico y busca en él un motivo para su incansable lucha social; cómo Bécquer tiene la mirada perdida, posiblemente recordando otra mirada, unas manos, una pupila, un amor; cómo Verne garabatea sobre un mapa del mundo; y cómo Rowling me mira. Sonríe. Me mira. Y todos desaparecen.

Me giro. El papel sigue en blanco. Miro través del cristal, luego al reloj. He visto la Luna en todas sus fases esta noche, ahora ha vuelto a ocultarse. He visto pasar mil años esta noche, tan solo ha sido un minuto. Escribo. *Luna nueva, 3:41.*